

PRERREQUISITOS SOCIO-ECONOMICOS PARA LA PLANTACION MADERERA RURAL

Gerald F. Murray
University of Florida
U.S.A.

RESUMEN

El desarrollo de nuevos insumos botánicos o de nuevas técnicas de producción constituyen solo una parte de la solución a la problemática de promover las plantaciones energéticas entre productores medianos y pequeños. A pesar de la escasez cada vez mayor de leña, la experiencia en distintos ambientes culturales parece indicar que existen ciertos prerrequisitos socioeconómicos, sin los cuales queda reducida la probabilidad de aceptación para producir leña por parte de una comunidad rural. Entre los factores a examinar están los siguientes:

1. Mercados locales para la madera. La probabilidad de aceptación aumenta cuando existe un mercado para la venta de leña o carbón. No es inconcebible que algunos productores plantan árboles para leña para su autoconsumo, pero la probabilidad de que este movimiento alcance importancia cuantitativa es bastante reducida. A la gran mayoría de los productores les interesa producir para un mercado.

2. Tenencia individual de la tierra. Muchos planificadores demuestran una predilección filosófica hacia modelos colectivos o comunitarios de producción y algunos han intentado introducir la producción de leña como "actividad comunal", llevada a cabo en terrenos comunales. Los productores prefieren, en su casi totalidad, modelos individualizados de producción, restringiendo sus inclinaciones colectivas si acaso a la comercialización de lo que han producido como individuos. La rapidez de aceptación de plantaciones madereras será mayor en aquellos donde los productores gozan de acceso a sus propios terrenos y donde los planificadores no introduzcan el proyecto en el contexto de modelos colectivos de producción de impuestos.

3. Derecho a corta de madera. En varios países las leyes en contra de la corta de madera leyes creadas para proteger los bosques sirven la función pedagógica de desincentivo para plantar madera. Como la propiedad privada, los agricultores no quieren cubrir sus terrenos con vegetación para cuya cosecha necesitarán permiso gubernamental.

SUMMARY

The development of new botanical products or new production techniques constitutes only a part of the solution to the problem of promoting energy plantations among small and medium producers. In spite of the growing scarcity of fuelwood, experience in distinct cultural environments seems to indicate the existence of certain social-economic prerequisites without which the probability of enthusiasm for fuelwood production on the part of a rural community is reduced. Among the factors to be examined are the following:

1. Local markets for wood. The probability of acceptance increases when there is a market for the sale of fuelwood or charcoal. It is likely that some farmers plant trees for their own consumption, but the likelihood of that movement becoming quantitatively important is quite low. The great majority of producers is interested in production for market purposes.

2. Individual land ownership. Many planners show a philosophic predilection toward collective or community models of production and some have tried to introduce fuelwood production as a community activity, carried out on community lands. However, producers almost always prefer individual production models restricting any collective inclinations to marketing that which they have produced as individuals. Even in communities where partnerships are common, a hesitancy is noticed on planting trees as partners. The rapidity of acceptance of tree plantations will be greater where producers enjoy access to their own lands, and where planners do not introduce the project in the context of collective production models.

3. Rights to cut wood. In several nations the laws against tree cutting (laws created to protect forests) paradoxically serve as disincentives for tree planting. Under private property systems, farmers do not want to cover their lands with vegetation which they need government permission to harvest.

INTRODUCCION

Este trabajo abarca la problemática de barreras socio-económicas a la plantación de leña, empezando con la presentación de un modelo de organización que ha tenido cierto éxito preliminar en la isla de Haití. Se presenta las decisiones programáticas tomadas para la aceptación de la agroforestería entre unas 30 000 familias campesinas haitianas. Luego se identifica varios factores socio-económicos y socio-políticos que podrían impedir la implementación de un modelo de extensión parecido en otros países de América. Por último se proponen unas medidas prácticas para minimizar esas barreras.

EL PROYECTO AGROFORESTAL HAITIANO

Antecedentes socio-económicos

Cualquier proyecto debe encajar con la realidad socio-económica del país en que se realizará. Haití tiene ciertas características que determinaron el enfoque del esfuerzo para promover la plantación de árboles madereros entre los campesinos de esa isla.

Tenencia de la tierra. El sistema de tenencia de la tierra que prevalece en Haití es minifundista. La explotación promedio en muchas regiones donde existen datos cuantitativos varía entre 1,0 ha y 1,5 ha. Los campesinos (más del 80 por ciento) se describen como "propietarios" es decir dueños de por lo menos una parte del terreno que explotan.

La explotación típica haitiana se caracteriza por una heterogeneidad interna en cuanto a la tenencia de las parcelas. En primer lugar, la explotación raras veces se encuentra físicamente unificada. Al contrario, la explotación típica de una hectárea se dividirá en tres, cuatro y en algunas regiones hasta en cinco parcelas pequeñas. Además, gran parte de las explotaciones tomarán la forma de tierras alquiladas o tierras trabajadas a medias. A diferencia de muchos otros ambientes latinoamericanos, sin embargo, los terratenientes y los dueños de las parcelas alquiladas, son campesinos ellos mismos, vecinos o parientes del agricultor inquilino o mediero. La imagen general que emerge de la tenencia de tierra en Haití dibuja un campesinado dueño de su tierra. En las llanuras con riego existen latifundios, sin embargo abarcan una parte mínima de la superficie explotada en Haití, a diferencia de la gran importancia estadística del latifundio en otros países de América. Esta situación de propiedad (aunque sean pequeñas propiedades) abrió la puerta a la plantación de árboles en una escala asombrosamente grande.

Orientación comercial. La mayoría de los campesinos haitianos, a pesar del tamaño pequeño de sus explotaciones, dirigen gran parte de su energía económica hacia el mercado. En este sentido difieren, por ejemplo, de ciertos campesinados centroamericanos, quienes producen en primera instancia el maíz y el frijol necesarios para el autoconsumo familiar. Los campesinos haitianos asignan gran parte del maíz, sorgo, arroz, que producen al mercado interno, aún sabiendo que, después tendrán que comprar estos alimentos a un precio más elevado. La cosecha se considera un fracaso si el agricultor no logra obtener alguna ganancia monetaria. Como se verá, esta tendencia acaba permitiendo actividades agroforestales que de otra manera difícilmente serían posibles.

Mercado para carbón y madera barata de construcción. Otra característica del medio ambiente haitiano es la presencia de un fuerte mercado para madera, tanto a nivel interno como de exportación, y una demanda comercial extraordinaria para el carbón. En las ciudades, el combustible más común es el carbón. Y la misma tecnología de la cocina rural (anafes) utiliza en algunos lugares carbón en vez de leña.

La demanda de madera para construcción barata permite al campesino haitiano ganar un ingreso mínimo con la corta de árboles que pueden convertirse en tablas (un proceso que en Haití rural se realiza a mano). De igual manera se genera ingresos vendiendo madera redonda y palos.

Pero es el mercado del carbón el que constituye el apoyo más importante para muchas familias rurales. Durante las épocas económicas "muertas", miles de familias campesinas de los sectores más pobres y de las regiones más áridas se dedican a la corta de árboles o arbustos cuyas características físicas no son aptas para la construcción, pero de cuya madera se puede hacer un carbón con propiedades caloríficas apropiadas para la cocina normal. La especie preferida en el pasado era 'gayak' *Lignum vitae*. Con la desaparición de éste, el campesino se ha dirigido hacia *Prosopis juliflora* (en Creole, bayaonn); en República Dominicana se le llama cambrón). Pero el carbón se hace también de otras especies. El valor calorífico pobre de algunos de estos otros árboles reduce el precio que se le paga al productor. Pero aun así, el carbón resulta negocio bueno para aquellas familias que carecen de otros recursos.

Los árboles que se cortan para satisfacer la demanda nacional de carbón provienen en su gran mayoría de terrenos del Estado, ubicados en regiones áridas. Estos terrenos continúan siendo del Estado principalmente porque carecen de valor agrícola. El Estado haitiano era dueño, en una época, de la mayor parte del terreno nacional. Pero de una manera quizá única en América, se hizo vendedor de terreno en gran escala en el siglo XIX, a fin de generar dinero. Encontró compradores (en su mayoría los ancestros de los campesinos de hoy en día) solo para terrenos con utilidad agrícola. Actualmente, con excepción de ciertas regiones cafetaleras, los terrenos públicos que quedan se encuentran en regiones sumamente áridas con suelos empobrecidos. La madera que utilizan los campesinos contemporáneos para el carbón viene de estos terrenos.

Conceptualización de un proyecto de extensión agroforestal

En este contexto socio-económico nació un nuevo enfoque hacia la plantación de árboles madereros por campesinos pequeños y medianos. Al analizar las causas del fracaso de muchos proyectos forestales en Haití se hizo las observaciones siguientes:

Economía sí, ecología no. Se observó que gran parte de los proyectos de forestación empleaban mensajes ecológicos para motivar a los campesinos a plantar árboles; enfocaban las desventajas ecológicas de la deforestación (sobre todo la erosión) y las ventajas restaurativas y conservadoras de los árboles. Sin embargo, los campesinos ya se daban cuenta de estas ventajas y desventajas. Cortaban árboles, no por estupidez ecológica, sino por necesidad económica. Dicho de una manera más analítica, se ven obligados a reparar menos en los flujos orgánicos o edáficos que afectan sus parcelas que los flujos económicos que afectan más inmediatamente su bienestar alimenticio y el de sus niños.

La hipótesis que se planteó fue que la plantación de árboles sería adoptada por los campesinos solo cuando se les presentara como una actividad con fuerte repercusión positiva en el flujo de dinero hacia sus carteras. Esta actividad, claro, tendría positivos efectos ecológicos. Sin embargo, estos efectos ecológicos solo vendrían como resultado secundario de actividades que emprenden los campesinos con fines económicos. Tanto los mensajes del proyecto como las medidas programáticas concretas, deben dirigirse principalmente a las implicaciones económicas de los árboles.

No se eliminarían por completo los mensajes ecológicos, pero se les daría una importancia secundaria, la misma importancia secundaria que tienen para los agricultores. Es decir, el proyecto debe dirigirse menos a la meta de "cambiar actitudes" del campesino y más a reconocer la lógica de esas actitudes y estructurar el programa de tal manera que haga posible una solución por lo menos parcial a esas necesidades económicas.

La corta de árboles como conducta económica válida. Otro mensaje muy mal fundado que utilizaban muchos proyectos era que el cortar árboles constituía una conducta irresponsable por parte de las masas rurales. Se propuso un modelo para redefinir el problema: la madera continúa siendo un producto extraído en vez de cultivado. Hace unos doce mil años el género humano empezó a abandonar la estrategia de extraer su comida de la naturaleza, y empezó a sembrarla, pero la madera y la leña continúan siendo bienes libres. La meta no debe ser parar la extracción, sino cultivar el bien escaso que está siendo extraído, convertirlo en una cosa sembrada, igual que la comida. Una vez que la población esté plantando la madera de la misma manera que se siembra la comida, ya no habrá razón de restringir la corta. El que planta madera sobre su propio terreno (el que invierte su dinero y su labor en esta cosecha) tiene el mismo derecho de cosecharla que el sembrador de cualquier otro cultivo.

El mensaje a los agricultores no debe ser que el cortar madera es malo, el cortar madera es una conducta económica válida siempre y cuando el cortador de esa madera es el ser humano que la plantó. Este mensaje, tan lógico y sencillo, debe constituir la base conceptual de un proyecto, no aquellos mensajes restrictivos y negativos, ni tampoco aquellos mensajes altruistas tan poco convincentes, de que uno debe plantar madera para la patria o para los bisnietos. La madera es un bien económico en primera instancia, y los diseñadores de proyectos deben captar bien claramente este hecho, y estructurarlo dentro de su conceptualización pragmática.

La madera como cosecha comercial. La cristalización de estos conceptos toma la forma de un proyecto en que la madera se introduce como una cosecha comercial. El involucramiento de los campesinos haitianos en una economía agraria orientada hacia el mercado hace sumamente factible este enfoque. Ya existen dos patrones antropológicos que forman la base de este proyecto:

1. Orientación comercial. Los campesinos, aún los pequeños, venden gran parte de lo que producen. Dicho de otra manera, ya existe el hábito profundamente arraigado de utilizar la tierra para generar dinero.
2. Orientación comercial hacia la madera. De la misma manera, los campesinos haitianos ya saben que pueden ganar dinero cortando y vendiendo madera, sea en forma de carbón o madera para construcción.

El proyecto se propuso la meta de lograr, por primera vez en la historia de Haití, una síntesis de estas dos conductas. El proyecto trataría de hacer posible la plantación de madera de crecimiento rápido como una nueva cosecha comercial.

Organización del Proyecto

El principal financiamiento para este proyecto proviene de USAID, pero también se ha recibido apoyo de organizaciones canadienses, suizas y belgas. La planificación abarcó tres ramas:

1. Técnica. Se seleccionó especies maderables de crecimiento rápido: Leucaena leucocephala, Cassia siamea, Azadirachta indica, Casuarina equisetifolia, Eucalyptus camaldulensis. Para minimizar barreras físicas de transporte, se desechó el método de bolsas de poliuretano y se adoptó una tecnología de pequeños cartuchos que producían "plántulas más pequeñas". (Una camioneta transporta 20 000 de estas plántulas, en vez de las 250 bolsas tradicionales). También, como elemento técnico, se desarrolló un paquete de cuatro posibles estrategias para colocar las plántulas de manera tal que minimizara la interferencia con la producción de comida.

2. Microeconómica. La planificación microeconómica tomó la forma de un convenio con los campesinos participantes, el cual les aseguraba que, una vez plantados, ellos serían los dueños de los árboles, podrían cosechar y vender la madera cuando les conviniera.

3. Institucional. La planificación institucional tomó la forma de un modelo de implementación no gubernamental. Se trabajó con una organización privada con oficinas en la ciudad capital. Esta organización (cuyas actividades dirigió durante los dos primeros años del proyecto), hizo contactos con otras organizaciones privadas (como agrupaciones campesinas, parroquias, etc.) en las zonas rurales de todas partes de Haití. Estas organizaciones escogieron promotores locales para explicar los objetivos y condiciones de entrada en el Proyecto. Se enfatizó que la participación era completamente voluntaria, y calculó los ingresos posibles que tocarían a los campesinos que asignaran la quinta parte de una hectárea a estos árboles, plantados de una manera que permitieran la siembra continua de comida, por lo menos hasta que la competencia con la sombra no fuera demasiado fuerte.

Resultados del Proyecto

La respuesta del campesino a este enfoque comercial ha sido extraordinaria. El proyecto se comprometió a plantar durante unos cuatro años, tres millones de árboles en los terrenos de 6000 familias campesinas. Pero la respuesta de las comunidades campesinas fue tan positiva que el Proyecto logró plantar, 15 millones de árboles en el tiempo asignado. Unas 30000 familias campesinas haitianas, ubicadas en todo el territorio nacional, ya tienen su parcela de 500 árboles maderables, con miras a la cosecha en unos cuatro o cinco años. Esta plantación de 15 millones de árboles ha sido realizada sin el desembolso de dinero para sueldo de los trabajadores. Parte del convenio era que los agricultores plantarían estos árboles bajo las mismas condiciones que siembran sus otras cosechas, es decir, sin que nadie les pague. Mientras otros proyectos en Haití muchas

veces no podían ni regalar las plántulas, este Proyecto Agroforestal tiene como problema principal el hecho de que cuesta trabajo producir todas las plántulas necesarias para satisfacer la demanda campesina.

La tasa de sobrevivencia de los árboles fue alrededor de 60 por ciento después de un año. Esta cifra es el promedio de un patrón bimodal que establece que la sobrevivencia es alta en zonas húmedas y baja en zonas áridas. La mortalidad se asocia, no con descuido (por ej., daños de animales sueltos) sino con fluctuaciones climatológicas. Es decir, los agricultores están dando a los árboles el mismo cuidado que dan a sus cultivos tradicionales: el árbol ha comenzado a ser un cultivo comercial. Esta era la meta del proyecto.

Barreras socio-económicas para la repetición en otros lugares

El Proyecto Agroforestal Haitiano necesita varias modificaciones y mejoramientos, pero ha tenido éxito por lo menos en estimular la siembra de árboles. Sin embargo el Proyecto no se puede repetir mecánicamente en otros países de América. Como se señaló antes, el Proyecto fue diseñado para "encajar" de una manera precisa con la realidad socioeconómica haitiana. Mediante la planificación o evaluación de proyectos forestales o agroforestales en otros países (República Dominicana, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Perú) se ha identificado algunas diferencias importantes. Existen barreras que podrían impedir la ejecución de un proyecto parecido en otros ambientes.

Tenencia de tierra

El enfoque adoptado por el Proyecto Haitiano presupone un campesinado que tiene acceso a su propio terreno. En muchas regiones de América Latina, este prerequisite no existe. Hay regiones donde una gran parte de la población alquila terreno. Es muy poco probable que surjan arreglos espontáneos de aparcería cuando se trata de los árboles. La aparcería se lleva a cabo generalmente con cosechas de ciclo corto.

En varias partes del mundo se ha notado una incompatibilidad de la plantación de árboles y la prevalencia de patrones de aparcería en una región. En el caso africano, es el terrateniente quien prohíbe que sus inquilinos o medieros siembren árboles. Las tradiciones y leyes en varias partes de África dan un derecho prescriptivo sobre la tierra a quien planta un árbol. En América Latina puede existir esta renuencia o miedo por parte de un terrateniente; pero en la mayoría de los casos parece que es el inquilino mismo el que rehúsa plantar árboles. Por lo general, la plantación de árboles sobre un terreno poseído por otro no le da al plantador derechos sobre el árbol ni sobre el terreno mismo. Por eso en América Latina los aparceros no se sienten inclinados a la plantación de árboles, aún cuando estos árboles pudieran generar ingresos: esos ingresos podrían ir a parar a manos del dueño de la tierra.

Si un proyecto agroforestal del tipo haitiano se introduce en una zona donde prevalece la aparcería, los terratenientes pueden plantar árboles de valor comercial y simplemente cancelar el acceso de los aparceros a la tierra. Dicho de una manera más concreta, un proyecto agroforestal, en vez de beneficiar a los pobres, puede conducir a un empeoramiento de su condición. Por eso es que el problema de la tenencia de la tierra tendrá un impacto sumamente importante sobre la factibilidad de un proyecto agroforestal. Desde un punto de vista puramente técnico o ecológico, lo que importa son los árboles, no la identidad del planta-

dpr. Pero desde un punto de vista social y socioeconómico, la convicción de los aparceros tendría que calificarse como un resultante no aceptable de un proyecto. De una manera muy paradójica, la misma desigualdad que crea tantos problemas para los pobres, también crea problemas, en algunos casos, quizás insuperables, para los diseñadores de programas de plantación de árboles.

La cuestión de terrenos ejidales o comunales

Existe en el repertorio de por lo menos algunos técnicos y planificadores, la noción de que los árboles pueden plantarse en terreno comunal. Es decir, los árboles plantados son propiedad, no de un individuo o de una familia en particular, sino de alguna entidad gerencial más grande.

La evidencia empírica en cuanto a este patrón es abrumadora. Los casos soviéticos y chinos clásicos de la imposición de modelos agrarios colectivos indican claramente la existencia de rendimientos agrícolas más altos en aquellas parcelas donde se les concede a familias particulares el derecho de sembrar o comercializar sus propios productos. En una conferencia sobre tenencia de la tierra y agroforestería, organizada en Nairobi, Kenya, en mayo de 1985, varios presentes suministraron evidencia de que existe una tendencia espontánea de plantar y cuidar árboles solo en aquellas regiones donde existe la privatización de terrenos. (Esta información se refería principalmente a Africa y Asia).

Existe muy poca evidencia que justificaría la implementación de modelos productivos colectivos para los árboles en América Latina. Entre los campesinos "mestizos" o "ladinos" existen patrones de propiedad individualizada. Aún entre grupos indígenas (sean de los altiplanos o de regiones selváticas) el modelo productivo agrario dominante o único es el de la producción individualizada. En el caso de grupos de los altiplanos, donde se encuentran terrenos ejidales, estos terrenos se utilizan principalmente para pastoreo común o para extracción gratuita de leña. Pero la producción agrícola se lleva a cabo por lo general en otras parcelas individualizadas. Y en aquellos casos donde se asignan terrenos ejidales para producción agropecuaria, los cultivos se producen por individuos, no por entidades colectivas.

La implementación de programas de plantación de madera por entidades colectivas, por lo general refleja más los prejuicios de los planificadores que las preferencias o costumbres de los beneficiarios. Existe el patrón curiosísimo y problemático en algunos círculos profesionales de que uno que otro planificador, que tiene su propia propiedad y carrera completamente individualizada, acude espontáneamente a modelos de producción colectiva cuando se trata del campesinado. Esta inclinación debe cuestionarse. Si el objetivo de un programa es motivar la plantación de madera de crecimiento rápido como una cosecha cualquiera, esta madera debe introducirse en el mismo contexto productivo y de propiedad que gobierna los otros componentes del régimen productivo local. En América Latina esto implica que la madera debe ser plantada bajo las mismas condiciones individualizadas en las cuales los campesinos prefieren sembrar, su maíz, frijol y otros productos.

Demanda reducida para la leña

El modelo de proyecto que se ha presentado en la primera parte de este trabajo presupone para su factibilidad la presencia de una demanda comercial para

la madera que se planta. En Haití como vimos, existen dos mercados: el de combustible (en forma de carbón) y el de madera de construcción.

Aquellos proyectos en países latinoamericanos que se definen como proyectos de leña tienen el gran inconveniente que la demanda comercial para la leña parece ser bastante reducida. El agricultor que planta una parcela de árboles para leña tiene muy poca esperanza de obtener un ingreso monetario impresionante con esos árboles. Falta un verdadero incentivo económico para tal actividad.

En vista de esto, algunos técnicos tratan de promover esta actividad con el mensaje de autosuficiencia. Si se planta leña, ya la familia podrá tener toda su leña en el patio de su casa; ya la mujer y los niños no tendrán que ir lejos en busca de leña. Tal mensaje cae en medio de los dos aspectos antes mencionados, el puramente ecológico y el económico/comercial. Sin embargo el impacto de tal mensaje en la conducta y el entusiasmo campesino se acerca más a la indiferencia provocada por mensajes ecológicos que el entusiasmo provocado en Haití por el mensaje económico. Los campesinos plantarán algunos árboles para leña (sobre todo para no ofender a los técnicos) pero dudo seriamente si tal mensaje llegue a provocar gran interés por los árboles. El flujo de árboles llegará a ser un chorrito, no el río caudaloso de árboles que se ha desencadenado en Haití.

¿Por qué existe una demanda comercial por carbón en Haití (y en República Dominicana), pero no en la mayor parte de Centroamérica? La respuesta puede estar ligada con diferencias culturales. Sospecho, sin poder probarlo aquí, que el carbón como combustible de cocina, es mucho más aceptable entre poblaciones con un sector de derivación africana. La respuesta ciertamente está ligada con diferencias tecnológicas en la cocina. Donde se usa el comal como superficie de cocinar (como en varias partes de Centroamérica o donde se usa el sistema de tres piedras, no se puede usar el carbón. Este último presupone una tecnología de cocinar basada en un recipiente elevado como el anafe antillano.

La falta de tal aparato y de tal tecnología produce en muchas partes de América una conversión al empleo de combustible importado, aún entre estos sectores pobres que en Haití o Santo Domingo seguirán empleando el carbón. Por razones logísticas y comerciales, no es "buen negocio" transportar la leña más de 20 kilómetros. El carbón, con su energía más "compacta" y por lo tanto, su precio más elevado por kilo, sí puede transportarse distancias largas. Pero donde faltan tradiciones y tecnología de cocina con carbón, la gente urbana se verá obligada a usar combustible importado.

Para resumir, la falta de demanda comercial fuerte para la leña pone a proyectos de leña en una posición un poco débil frente a los agricultores pequeños y medianos. Como ya se dijo, la plantación de árboles, con sus efectos ecológicos positivos, vendrá solo como efecto secundario de actividades en las cuales el campesino se compromete por razones económicas/comerciales. La leña en Centro y Suramérica por lo general ofrece una promesa económica débil.

El Estado, dueño de la madera

¿Por qué entonces no enfatizar la plantación de madera para la construcción? Existe en la mayor parte de los países latinoamericanos un patrón curioso y dañino para la reforestación. Los científicos sociales distinguen correctamente entre "tenencia de tierra" y "tenencia de árboles", para designar aquellos

casos culturales donde la gente puede ser dueña de árboles, sin ser dueño de la tierra en que los árboles están ubicados. Pero en América Latina pasa justo lo contrario: la gente puede ser dueña de la tierra pero no de los árboles. Esto se produce en aquellos casos donde el Estado declara ilegal la corta de cualquier árbol maderero. Tal decreto hace en efecto que el Estado sea dueño de todo árbol maderero.

La implementación de tal política puede variar de un país a otro. En algunos casos el Estado sencillamente otorga a compañías concesionarias el derecho de cortar y comercializar árboles, aunque éstos estén ubicados en propiedad privada. En otros casos el Estado no confisca la madera de esta forma, pero sí exige que el dueño del terreno consiga un permiso oficial y pague un impuesto para poder cortar árboles madereros.

El objetivo, por lo menos teórico, de estas leyes fue proteger el bosque nacional eliminando la corta de árboles. Sin embargo, las leyes no funcionan de esta manera. La corta sigue, pero en manos de actores con acceso a los centros de poder. Sea cual fuera el objetivo de las leyes, su efecto verdadero es eliminar al campesino típico de la economía maderera. Pero la tienen que vender más barata a intermediarios de afuera que han conseguido el permiso formal. (La vigilancia se lleva a cabo menos en las parcelas que en las carreteras que conducen a los mercados o a las ciudades).

El impacto negativo más importante de estas leyes es el de asegurar que nadie vaya a plantar un árbol con fines de comercialización. Al hablar con campesinos en República Dominicana, Honduras, Guatemala, El Salvador, y Perú sobre este asunto, la opinión es unánime: ¿cómo podrán atreverse a cubrir su terreno escaso con vegetación para cuya cosecha no tienen ninguna garantía? He notado que la barrera más importante en contra de la plantación de árboles no es el tamaño reducido de las explotaciones, sino la falta de garantía con respecto al usufructo de la madera. En Haití, aún los propietarios pequeños y medianos tienen terreno sobre el cual podrían plantar por lo menos algunos árboles madereros que generarían un ingreso apreciable. En muchos países latinoamericanos, sin embargo, esta opción está cerrada para los agricultores por causa de las leyes que prohíben la corta de cualquier árbol, la restricción no se limita a los árboles "naturales". La restricción y los castigos rigen aunque el árbol haya sido plantado por el mismo campesino sobre su propia parcela.

En última instancia, entonces, es la conducta del Estado la que ha creado la barrera más importante en contra de la plantación de árboles. Es una barrera socio-económica, porque su impacto negativo es el de quitarle al campesino derecho de propiedad y usufructo sobre algo que siembra, pero es una barrera socio-política también, porque es muy poco probable que los cambios legislativos necesarios se realicen en el futuro inmediato. Hay intereses fuertes a los cuales conviene tener control gubernamental sobre este recurso de tanto potencial monetario: la madera.

CONCLUSION

El Proyecto Agroforestal Haitiano demuestra la factibilidad de la plantación de árboles en gran escala. Si los campesinos de esa isla, la población más empobrecida de América pueden plantar árboles, lo mismo debe ser posible aún en

mayor escala, para agricultores en otros medio-ambientes de menos escasez económica. Sin embargo hay algunas barreras que bloquean la plantación de árboles en los terrenos latinoamericanos.

El bloqueo no tiene que ser permanente, si sus causas se descubren. Hay varias recomendaciones implícitas que se derivan de lo observado.

1. Los proyectos deben enfatizar menos los mensajes ecológicos o de autoabastecimiento, y más los mensajes en cuanto a rentabilidad comercial de la madera.

2. Los proyectos de leña deben considerar la posibilidad de promover árboles cuya utilidad máxima sea la madera de construcción, y la leña una ventaja secundaria. Este mensaje tocará los nervios económicos de los agricultores mucho más eficazmente que los mensajes que enfatizan la leña en sí.

3. Cualquier proyecto que plante árboles para la venta como madera de construcción debe buscar un arreglo con las autoridades que garantice de antemano el derecho de cortar la madera. Los campesinos, con toda razón, pueden mostrarse reacios a plantar madera, contando que en el futuro no se les otorgue el derecho a explotarla. En otras ocasiones se recomienda un programa de "certificación", mediante el cual cada agricultor participante que plante cierta cantidad de árboles sobre su terreno, recibirá en el momento de la plantación un certificado oficial, sellado por las autoridades competentes, garantizándole de antemano el derecho de propiedad sobre esos árboles y el derecho a cortar y vender esa madera sin necesidad de más permiso.

Actas de los simposios sobre

Técnicas de producción de leña en fincas pequeñas

y

Recuperación de sitios degradados
por medio de la silvicultura intensiva

24 a 28 de junio , 1985
Turrialba , Costa Rica

Rodolfo Salazar
Editor